

del discurso —es decir, aparecen con palabras que designan objetos o eventos concretos— (Cfr. McNeill, 1992: 12-13).

<sup>11</sup> Con este tipo de metáforas proyectamos nuestra orientación sobre otros objetos físicos o, incluso, imponemos fronteras donde no existe un límite natural físico, por ejemplo, conceptualizamos a cierta actividad como un contenedor de acciones, acontecimientos y otras actividades.

<sup>12</sup> Para una mayor explicación de este término, véase el capítulo 16, “Coherencia Metafórica” (Lakoff y Johnson, 1980).

<sup>13</sup> Véase su definición en la nota 10.

### BIBLIOGRAFÍA

- Díaz, Alfonso y Ma. del Rayo Sankey. (2007-2010). “La lectura como construcción social del significado”. Informe técnico ciencia básica, CONACYT.
- Gibbs, Raymond, W. (2007). “Performancia y comprensión de la metáfora”. En Gimete-Welsh, A. (Coord.), *Metáfora en acción*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Johnson, M. y T. Rohrer. (2007). “We Are Live Creatures: Embodiment American Pragmatism, and the Cognitive Organism”. En Zlatev, Jordan; Ziemke, Tom; Frank, Roz; Driven, René (Eds.), *Body, Language, and Mind*, Berlin: Moun-ton de Gruyter, pp. 17-54.
- Lakoff, G. y M. Johnson. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, España: Cátedra.
- Lakoff, G. y M. Turner. (1989). *More than Cool Reason. A Field Guide to Poetic Metaphor*, Chicago: University of Chicago Press.
- McNeill, D. (1992). *Hand and Mind*, Chicago: University of Chicago Press.

### DOS POETAS MEXICANOS EN LA CUBA REVOLUCIONARIA: JAIME SABINES Y EFRAÍN HUERTA

Pablo Sánchez

Universidad de Sevilla<sup>1</sup>

Las loas de Pablo Neruda a Stalin en *Canto general* pueden provocar hoy una mezcla de perplejidad e irritación, pero la poesía política constituye, sin duda, una parte de la importante tradición cívica del escritor en Latinoamérica. Dentro de ese corpus, hay panfletos incontestables, pero también testimonios poéticos extraordinarios, como *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo. Además, hay casos en los que la literatura testimonial o fuertemente ideologizada, por encima de la discusión sobre sus valores estéticos, nos informa sobre momentos especialmente complejos del sistema literario latinoamericano y sobre las relaciones de fuerzas que operan en él. En ese sentido, podemos acercarnos ahora a una etapa latinoamericana tan intensa, espesa y atractiva como los años sesenta del siglo XX a partir del que sin duda es el centro de la historia intelectual del periodo, la revolución cubana, y de algunas de sus repercusiones en el ámbito de la creación literaria y específicamente poética.

No cabe duda de que la generación de discursos desde, sobre e incluso contra Cuba y su proceso de transformación sociopolítica llena buena parte de los debates latinoamericanos desde 1959 hasta, al menos, 1971, año en el que, como es sabido, el “caso Padilla” disuelve la cohesión de la izquierda latinoamericana y europea en torno al tema. En ese año se clausura una etapa única de complicidad entre vanguardia política y vanguardia literaria y empieza a decaer la fuerza aglutinadora y legitimadora de algunas instituciones tan relevantes como Casa de las Américas.

Muchos de los casos particulares de afecciones y desafecciones a la revolución a lo largo de estos casi cincuenta años son bastante conocidos, como ocurre con Cabrera Infante, Benedetti, Cortázar, Vargas Llosa o García Márquez, y no parece necesario abundar sobre ellos; pero el impacto sobre el campo literario latinoamericano e incluso sobre parte de la intelectualidad europea va más allá de las declaraciones públicas y los artículos periodísticos, a favor o en contra. El hecizo mitogénico de la revolución produjo una suerte de catarsis colectiva de la intelectualidad en la que se mezclaron, en diversos grados, marxismo, antiimperialismo, orgullo americanista y optimismo histórico, definiendo el perfil específico de toda una época a partir de lo que algunos han llamado un “*ethos* alternativo” (Pizarro 31).

La función legitimadora que la revolución ejerció a través de su política y de sus instituciones marcó decisivamente muchas trayectorias literarias e incluso generó fuera de Cuba una literatura apologética que evidencia el prestigio internacional de la revolución y la existencia de un ideal de cooperación entre intelectuales sin el cual no se puede entender el periodo. Aparte de la abundante literatura de viajes (Sartre, Juan Goytisolo), y de algunas obras narrativas, encontramos diversas manifestaciones poéticas de apoyo y solidaridad con el proceso cubano, empezando por *Canción de gesta* de Pablo Neruda, quien, orgullosamente se considera el primer poeta no cubano que dedicó un poemario completo a enaltecer lo que se llamó, en la retórica triunfalista de la época, el “primer territorio libre de América” (*Confieso que*

*he vivido* 364). El camino abierto por Neruda sería seguido pronto por la antología *España canta a Cuba*, publicada en París en 1962 por la editorial de la resistencia antifranquista Ruedo Ibérico, y en la que participaron muchos poetas españoles de izquierdas, desde Rafael Alberti a Carlos Barral o Jaime Gil de Biedma.

La lista, por supuesto, no termina aquí, y sería interesante establecer un censo de textos de tema cubano producidos desde otras literaturas, para categorizar las diferentes modulaciones de la proyección simbólica que tuvo la revolución en la intelectualidad latinoamericana, desde el entusiasmo fervoroso hasta el desencanto severo, pasando por todos los posibles grados de implicación y labor iconológica. No se trata, obviamente, de entrar en juicios maniqueos sobre la ética de los escritores ni de especular subjetivamente sobre su grado de compromiso, sino de conocer cómo funcionaron algunas prioridades y condiciones del escritor latinoamericano de los sesenta y aun setenta y cómo se creó un determinado imaginario. En estas páginas, evidentemente, sólo podemos analizar algunos textos, pero creo que es posible conseguir una selección que tenga relevancia.

Podemos trabajar con el caso de la intelectualidad mexicana, en la que la revolución cubana tuvo sin duda una importante repercusión, al menos en la década de los sesenta<sup>2</sup>. La primera huella significativa de esa influencia sería probablemente el libro de Fernando Benítez *La batalla de Cuba*, pero con los años el apoyo a la revolución cubana en México fue ganando una dimensión polémica en torno, principalmente, a las figuras de Octavio Paz y Carlos Fuentes, finalmente protagonistas de la escaramuza verbal del “caso Padilla”. No obstante, igualmente encontramos literatura de tema cubano en otros autores, como, por ejemplo, dos poetas además vinculados por la amistad personal y por algunas afinidades de tipo estético: Efraín Huerta y Jaime Sabines<sup>3</sup>.

Sabines dedicó la primera de las cuatro partes de *Yuria* (1967) al tema cubano con el título “Cuba 65”, mientras que Huerta publicó “Cuba revelación”, poemas fechados en 1969 pero publicados en *Los*

*eróticos y otros poemas*, en 1974. Aunque no son los poemas más conocidos ni estudiados en ambas trayectorias poéticas, se trata de textos que revelan perfectamente la fuerza temática y socioliteraria que, fuera de la isla cubana, tuvo la revolución, al menos en sus primeras dos décadas. Sin necesidad de forzar las comparaciones, los casos de Sabines y Huerta pueden ser muy ilustrativos y pueden facilitarnos una nueva crónica de lo que supuso la revolución no sólo para la práctica intelectual latinoamericana, sino también para la propia parcela creativa.

Si admitimos que Sabines y Huerta practican una poesía que podríamos calificar, cautelarmente, de “circunstancial”, opuesta a las tendencias intelectualistas, puristas o cultistas, una circunstancia tan crucial como fue la revolución cubana encaja perfectamente en esa poética, como podría encajar la otra gran circunstancia histórica de la literatura mexicana en esa década, la matanza de Tlatelolco en 1968. Carlos Monsiváis consideró a Sabines y Huerta “emblemas del vitalismo” en la poesía mexicana<sup>4</sup> y desde esa perspectiva, su poesía era, sin duda, propicia para la impregnación de un gran acontecimiento sociohistórico como fue la revolución cubana, no únicamente por sus connotaciones doctrinarias, sino también por lo que tuvo (y tiene aún hoy para algunos observadores no cubanos) de “fantasía erótica de una comunidad caribeña, relajada y fraterna”, en términos del ensayista cubano Rafael Rojas (38).

En la cuestión doctrinaria es donde encontramos la principal diferencia entre los dos poetas: Efraín Huerta practicó la poesía militante y contestataria de un modo que no encontramos en Sabines, y su implicación en la actividad de la izquierda política contrasta con el predominante abstencionismo de la poesía de Sabines (aunque éste fue diputado priísta, como sabemos). El interés de Sabines por Cuba puede explicarse en cierta medida por razones familiares más que ideológicas (el hermano de su padre vivía en la isla, e incluso aparece mencionado en el poema IV). En alguna ocasión comentó que esos poemas fueron “un gesto de gratitud” porque en aquellos años sesenta el poeta estaba

“muy agradecido y contento con al Revolución Cubana”, pero eso fue antes de descubrir que a la izquierda sólo le interesa “crear problemas para ganar posiciones” (Zarebska 129). En los poemas de “Cuba 65”, Sabines aparece, sobre todo, como un observador de la construcción de la nueva sociedad, del paisaje humano creado por la resistencia y la lucha, con sus dudas e incertidumbres, con sus errores y con sus valores, entre los que destaca una idea esencial de pureza que se asoció a menudo a la liberación contra el enemigo yanqui.

El poeta chiapaneco no asumió en ningún momento un papel de intelectual combativo o de embajador de alguna revolución futura, ni se involucró en lo que llamaríamos la Guerra Fría cultural, tan importante en los años sesenta; en cambio, Huerta, sin llegar a los extremos de Roque Dalton o Mario Benedetti, colaboradores asiduos de las instituciones cubanas, sí fue más activo y participó más del entusiasmo propagandístico. En cuanto al famoso “caso Padilla”, hay que decir que ninguno de los dos firmó las dos cartas a Fidel Castro a propósito de la detención y la posterior autocritica de Heberto Padilla en abril de 1971; sí estuvieron, entre otros representantes mexicanos, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca y José Emilio Pacheco. Tampoco participaron en la encuesta que el importante suplemento de la revista *Siempre!*, *La Cultura en México*, dedicó al tema en mayo de ese año<sup>5</sup>. Pero Huerta firmó, junto a Emmanuel Carballo, Juan Bañuelos, David Siqueiros y Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros, una “Declaración de intelectuales mexicanos” que salió publicada en *Casa de las Américas* y que significó una muestra de solidaridad con la revolución cubana frente a la campaña internacional de denuncia.

De todos modos, Huerta y Sabines presentan algunas coincidencias muy significativas en la asimilación poética del tema cubano. Ambos, por ejemplo, coinciden en el punto de partida empírico de la experiencia, la estetización de una experiencia biográfica muy habitual en la época: la visita a Cuba para participar en el jurado de los premios de poesía de Casa de las Américas. Ese viaje tenía en los sesenta un

significado ritual para la comunidad intelectual latinoamericana, ya que conjugaba el desafío al bloqueo norteamericano, la comunicación cultural de alto nivel y un clima general de optimismo político y artístico. La vanguardia literaria y cultural de los sesenta estaba en La Habana, y Sabines, Huerta y tantos otros participaron ocasionalmente, aunque sólo fuera por solidaridad latinoamericanista, de la atractiva política con la que la revolución buscaba un sólido frente de apoyo externo. Es significativo que Sabines sólo fuera jurado del premio una vez, en la que fue su única visita a la isla, en 1965; a tenor de sus biógrafos<sup>6</sup>, ahí se produjo un cierto desencanto con el experimento socialista, a pesar de lo cual llevó a la imprenta sus poemas incluidos en *Yuria*, los más politizados de toda su trayectoria. En cuanto a Huerta, fue jurado por primera vez en 1969 y por segunda vez en 1978. Las visitas de ambos se complementaron con la publicación de textos en la revista *Casa de las Américas*<sup>7</sup>, en lo que era una práctica habitual dentro de la estrategia captadora de las instituciones cubanas, cuyas revistas constituían “un modo de intervención especialmente adecuado a los perfiles de esa época y de la relación programáticamente buscada entre cultura y política como un modo de pensar la militancia en el plano cultural” (Gilman 77).

Mucho se ha hablado sobre el sentido más turístico que científico de esas fotogénicas visitas y de cómo forjaron la llamada “luna de miel” de los intelectuales con la revolución de Castro. Pero lo cierto es que la complicidad entre escritores sobrepasó el nivel anecdótico y chismográfico, y afectó a la propia temática literaria, entre otras cosas porque poetas como Sabines y Huerta buscaban abiertamente una poesía referencial que describiera la novedosa vivencia que significaban el embrujo revolucionario y la solidaridad americanista. Un ejemplo pintoresco nos puede servir para entender el curioso e irrepetible clima de cooperación cultural. Durante su estancia en Cuba en 1969, Efraín Huerta sufre un accidente que tiene como resultado una lesión en el brazo; el poeta narra autobiográficamente la experiencia en “Nueva Gerona”, pero ese mismo accidente parece ser la anécdota

empírica de un poema de otro de los miembros de aquel mismo jurado del premio Casa de las Américas, el español José Agustín Goytisolo, que cuenta la experiencia desde su perspectiva en “La noche de Efraín Huerta”, poema de *Bajo tolerancia*<sup>8</sup>.

Sabines no fue, desde luego, de los que más participaron de esa red, ya que fue un poeta moderadamente periférico con respecto a las capillas literarias, fueran mexicanas o procubanas, pero igualmente quiso dejar testimonio poético de la nueva realidad cubana y buscar en ese paisaje sus temas intimistas de siempre. En el espectro de posiciones ideológicas, él se situaría, al menos en los años sesenta, en una simpatía moderada y nada riesgosa, similar a la que pudieron tener escritores como Donoso o Sabato, basada más en la solidaridad panamericana con el David amenazado por el Goliath estadounidense<sup>9</sup>, que en ninguna firme convicción marxista-leninista y utopista. Hablamos de intelectuales con un perfil bastante común, que apoyaron unánimemente la caída de Batista, se desilusionaron con la soviétización progresiva del régimen castrista desde 1961 y sobre todo después del decepcionante y comprometedor apoyo de Castro a la invasión de Checoslovaquia en 1968, pero que condenaban el bloqueo estadounidense e incluso pudieron celebrar la derrota de Playa Girón.

De hecho, Sabines, con su engañosa transparencia retórica de siempre, formula su posición ideológica como parte del autoanálisis poético, y por eso afirma, ya en el primero de sus poemas dedicados a Cuba: “no acostumbro meterme con la poesía política / ni trato de arreglar el mundo. / Más bien soy un burgués acomodado a todo, / a la vida, a la muerte y a la desesperanza” (*Recuento* 263). Se trata de una precisión necesaria para vacunarse contra el panfleto y la vehemencia política, para evitar cualquier domesticación ideológica; a Sabines no le interesa tanto la doctrina ni la propaganda ciega, como la intrahistoria unamuniana de las “gentes viejas y tranquilas” que son “la verdad de Cuba”, de un pueblo revolucionado que encarna ese ethos alternativo, lleno de interés para un poeta interesado por los resortes emocionales.

De todas maneras, aunque Sabines es tibio en sus tomas de posición con respecto a Cuba, algunos de sus nueve poemas de tema cubano reproducen tópicos y lugares comunes del nuevo repertorio simbólico exportado por la revolución, creando una cierta contradicción muy reveladora de las ambivalencias semánticas de Cuba como espacio literario. Por ejemplo, la isla adquiere en *Yuria* connotaciones edénicas, como corresponde a su condición de centro cultural y foco de las esperanzas emancipadoras del futuro: “Será una casa para todos, / una casa hermosa y sencilla, / casa para el pan y el agua / casa para el aire y la vida” (270). Puede ser exagerado encontrar aquí una alusión a Casa de las Américas, pero no lo es tanto interpretar el poema pensando que Cuba sí funcionó, gracias a sus instituciones y a su fama hospitalaria de esos años, como elemento cohesionador y reactivador del signifiante “América Latina”. Cuba intentó, ser, efectivamente casa para todos los latinoamericanos de izquierdas. Pero hay otro tópico más evidente y que forma del código fundamental de la literatura revolucionaria, que es el culto a la personalidad de Fidel Castro, cuyo carisma le convierte en personaje literario y en metonimia de la transformación social y de la cohesión popular incluso para alguien poco militante como Sabines:

Yo he sacado en conclusión de todo esto  
que Fidel es un duende cubano.  
tiene el don de la ubicuidad,  
está en la escuela y en el campo,  
en la junta de ministros y en el bohío serrano  
entre las cañas y los plátanos.  
en realidad, Fidel es el nombre  
del viento que levanta a cada cubano (266).

Huerta le dedicará más atención al Che Guevara como icono político, pero la idolatría es bastante similar y demuestra la fuerza que los mitos mesiánicos y heroicos tuvieron dentro y fuera de la isla;

una fuerza, además, que tan importante ha sido para la continuidad del régimen castrista. Sin embargo, la idolatría hacia Fidel (y hacia Martí y Cienfuegos, también incluidos) y las ironías hacia Estados Unidos (“Señor Presidente Johnson: / hundamos a Cuba/ porque la isla de Cuba navega peligrosamente / alrededor de América”, 265) no significan una identificación acrítica de Sabines con la revolución, o al menos no con el léxico del marxismo o la retórica oficialista que pudieran exhibir algunos de los poetas cubanos del momento. Sabines, poeta de la cotidianeidad, asume el reto que significa ser testigo de una nueva situación social, de un nuevo plasma humano, tan desconcertante como estimulante, y traslada al poema la complejidad de un juicio global: “no sé, a estas alturas, cómo decir las cosas que suceden” (263). Está “harto de la palabra revolución” (267), pero no puede negar que “algo pasa en Cuba”. Parte de esos cambios son traumáticos, como la separación de familias, las privaciones de una sociedad con escasez o la sangre derramada en Playa Girón, pero también hay compensaciones, como la que entonces era, sin duda, una política educativa y cultural muy prestigiosa y envidiable para otros países latinoamericanos, que también, en otro de los fenómenos ideológicos de la época, se convirtió en tema poético:

¿Por qué estudian América y Celeste  
y otras recamareras, en el hotel, a diario?  
¿Por qué el libro se ha vuelto de pronto  
bueno como el boniato? (267)

Ahí Sabines introduce muy explícitamente uno de los principales motivos de orgullo propagandístico del régimen, aunque la mayor virtud de ese nuevo humanismo creado por la revolución es la resistencia frente a la amenaza externa: “Cuba rodeada de enemigos, / Cuba sola en el mar, / Cuba ha quedado” (268). En realidad, diríamos que los nueve poemas están unidos por la voluntad del yo lírico de que haya paz en Cuba, de que termine la violencia contra el país para

que la calidez de la geografía humana pueda continuar sin traumas ni injerencias: “¡Cuba, vamos a pelear / para vivir en paz!” (273). Es significativo que sin mostrar un compromiso comparable al de otros escritores latinoamericanos, Sabines se sumó al imaginario resistencialista con el que la revolución se ha legitimado desde sus inicios hasta el día de hoy.

Huerta es más entusiasta y anuncia incluso que ha encontrado “la semilla de la victoria”, pero Cuba tiene también para él algunas de las connotaciones que ya hemos visto en Sabines. En la isla caribeña, el poeta encuentra “la poderosa amistad / de los seres humanos más buenos y más bellos / que jamás conociera” (*Poesía completa* 316). La calidez e incluso la voluptuosidad de la cultura caribeña están presentes igualmente en Huerta y constituyen otro lugar común: ese optimismo vitalista asociado a la libertad revolucionaria (desde una perspectiva heterosexual, como sabemos sobradamente) que se añadió a la mitología del periodo. Así, la geografía habanera, desde el malecón hasta la Rampa, y su estilo de vida son metonimias de una gozosa y pura pasión en “Permiso para el amor”:

Puros y delicados como un salmo

los amantes se encadenan en silencio

pero el griterío sexual se escucha hasta El Morro

y yo me tapo los oídos porque no es bueno

turbar la paz deslumbrante de los enfermos (314)

Ya en dos poemas de *Resposos* (1968), Huerta había publicado poemas elegiacos sobre el Che Guevara, pero en “Cuba revelación” reunirá diez poemas, la mayoría de tipo circunstancial y notoriamente relacionados con la experiencia autobiográfica de la colaboración con Casa de las Américas. Varios poemas están dedicados a figuras de la intelectualidad oficial cubana, y algunos otros miembros de los jurados internacionales del premio son incluidos en la materia poética: desde la crítica Jean Franco hasta el dramaturgo uruguayo José

Estruch. ¿Qué significado tiene esa estrategia poética tan evidentemente referencial? Diríamos que Huerta avanza más que Sabines en una dirección ya consagrada por Neruda en su *Canto general*: el descubrimiento poético de una colectividad en la que integrarse, en este caso, la nueva subjetividad formada por los intelectuales prorroevolucionarios. Sabines, como hemos visto, era testigo del cambio social, pero sus poemas evitan el símbolo de ese “nosotros” tan específico constituido por los intelectuales militantes de la década de los sesenta en la búsqueda de una identificación total entre arte, vida y revolución. El lirismo de Huerta es igualmente autobiográfico, pero la novedad es que incluye el ideal asociativo de los intelectuales de la época convirtiéndolos en personajes poéticos.

También hay en Huerta, por supuesto, poemas directamente apologéticos de la revolución, que contribuyen a afianzar los argumentos y discursos legitimadores. En “Hotel El Colony”, Huerta intenta perifrásticamente hablar de lo que supuso la revolución frente a la dictadura de Batista, y lo hace sin mencionar el vocabulario habitual, sólo enumerando los planes perversos y degenerados de la clientela norteamericana de los hoteles en la época anterior al triunfo de Castro:

“Venga al Hotel El Colony

el paraíso de la orgía!”

Pensaban inaugurarlo el primero de enero de 1969 (317)

Es cierto que en los años siguientes encontraremos poca poesía de tema cubano en la trayectoria de Huerta, pero el poeta colaboró en otras ocasiones con la cultura revolucionaria, lo que nos lleva a pensar que mantuvo mucho más que otros escritores mexicanos el apoyo al proceso cubano. En 1979, participó en la encuesta organizada por la revista *Casa de las Américas* bajo el título “¿Qué ha significado para ti la revolución cubana?”, y la misma revista le dedicó algunos homenajes después de su muerte, incluyendo un artículo de Eliseo Diego. En cuanto a las manifestaciones poéticas de defensa de la revolución,

habría que destacar el poema “Alberto Juantorena”, reunido en *Tran-sa poética*, en el que Huerta utiliza la fuerza simbólica de uno de los héroes deportivos de la revolución, el doble campeón olímpico de atletismo en Montreal 76. Esta es una prueba de que todavía quedaba vigente entre la izquierda latinoamericana algo de la épica revolucionaria y americanista, aunque es cierto que ya en los años ochenta se mitigó ese clima de entusiasmo y cooperación en el que precisamente Huerta había insistido años antes, y que le afectó de manera más intensa que a Sabines.

Ese proceso de adhesión, entusiasmo, y, en ocasiones, decepción o desafección forma parte de la historia intelectual y literaria latinoamericana y está lleno de datos y curiosidades que deben reconstruirse, ya sin fervores ideológicos ni maniqueísmos. En ese sentido, Huerta y Sabines representan dos ejemplos más de una larga lista aún pendiente de completar, la de los diferentes tipos de proyección que la esperanza cubana dejó en el conjunto del sistema literario latinoamericano desde 1959. Por lo que hemos visto aquí, hay que concluir que los dos poetas mexicanos decidieron aprovechar el potencial literario que ofrecía la construcción de esa nueva sociedad que descubrieron en sus respectivos viajes y lo adaptaron a sus poéticas; Sabines, lo hizo con un lirismo menos politizado, pero igualmente atento a la ética resistencialista de la revolución, mientras que Huerta lo hizo con una voluntad muy evidente de contribuir al imaginario de una colectividad intelectual solidaria y comprometida que informa muy bien sobre la cohesión específica de una época.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Esta investigación fue presentada en el XXI Coloquio Internacional de Literatura Mexicana e Hispanoamericana celebrado en Hermosillo en noviembre de 2007, y forma parte de un proyecto financiado

por el Programa Ramón y Cajal del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

<sup>2</sup> Hugo Hiriart ha hablado de una “generación desencantada” de la literatura mexicana como consecuencia del fracaso del sueño cubano y la crudeza de la represión de Tlatelolco (42). Uno de los críticos mexicanos más involucrados con Casa de las Américas, Emmanuel Carballo, ofrece en su *Diario público. 1966-1968* una valoración autobiográfica: “nuestra generación, que en 1959 se acercaba o rebasaba apenas los 30 años, vio en la Revolución cubana la encarnación de sus lecturas y algo más: la praxis como la forma más alta del poder creador” (219).

<sup>3</sup> Huerta no sólo dedicó a Sabines un poemínimo (*Poesía completa* 325), sino que publicó en *La Cultura en México* un artículo sobre su amistad con el poeta de Tuxtla (véase bibliografía).

<sup>4</sup> “En la ciudad letrada, a Efraín Huerta y a Jaime Sabines se les considera como emblemas del vitalismo, y esto suele argumentarse para explicar su arraigo en lectores que por lo común no leen poesía. Sin embargo, y no obstante sus diferencias de tono (la intimidad de Huerta es condenatoria, lo opuesto a la sencillez de Sabines), ambos poetas tienen en común el refinamiento, la extrema delicadeza en los campos de batalla de la ciudad moderna, la maestría con que expresan las actitudes límite. Huerta representa la obsesión lírica, el compromiso militante, la profecía del apocalipsis en la megalópolis, la ciudad como el rito propiciatorio y el sarcasmo memorable. Y Sabines es la espontaneidad arduamente trabajada, el desdén ante el “buen gusto”, la confesión sentimental trabajada como provocación política” (Mon-siváis 34-35).

<sup>5</sup> Sobre el “caso Padilla” en México, véase Gilman 246-249.

<sup>6</sup> Véase la introducción biográfica de Beatriz Barrera.

<sup>7</sup> Véase la bibliografía.

<sup>8</sup> También aparece mencionada en otro poema la esposa de José Agustín Goytisolo, Asunción Carandell, con su nombre de casada.

<sup>9</sup> En 1961 ya había dejado constancia de esa solidaridad antiimperialista, tan habitual en América Latina aún hoy, en una de las prosas de *Diario semanario*, titulada “Dice el radio que los Estados Unidos” (*Recuento* 179).

## BIBLIOGRAFÍA

- Barrera Parrilla, Beatriz. *Jaime Sabines: una poética entre el cuerpo y la palabra*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.
- Benítez, Fernando. *La batalla de Cuba*. México: Era, 1960.
- Carballo, Emmanuel. *Diario Público. 1966-1968*. México: CONACULTA, 2005.
- “Declaración de intelectuales mexicanos”. *Casa de las Américas* 67 (mayo-junio 1971): 166-167.
- Diego, Eliseo. “Un homenaje para Huerta”. *Casa de las Américas* 132 (mayo-junio 1982): 144-146.
- España canta a Cuba*. París: Ruedo Ibérico, 1962.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. México: Siglo XXI, 2003.
- Goytisolo, José Agustín. *Bajo tolerancia*. Barcelona: Lumen, 1996.
- Goytisolo, Juan. *Pueblo en marcha. Instantáneas de un viaje a Cuba*. París: Librería Española, 1963.
- Hiriart, Hugo. “Capitulaciones y heterodoxas consideraciones sobre el hecho mexicano”. *Kohut* 38-46.
- Huerta, Efraín. “El Morro”, “Permiso para el amor”. *Casa de las Américas* 55 (julio-agosto 1969): 72.
- \_\_\_\_\_. “Hotel Caribe”, “Panamá (restaurante)”. *Casa de las Américas* 78 (mayo-junio 1973): 72.
- \_\_\_\_\_. *Los eróticos y otros poemas*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- \_\_\_\_\_. “Jaime Sabines revisitado: el zarco Sabines”. *La Cultura en México* 808 (19 de agosto de 1977): III.

\_\_\_\_\_. “¿Qué ha significado para ti la revolución cubana?”. *Casa de las Américas* 111 (noviembre-diciembre 1979): 23-24.

\_\_\_\_\_. *Poesía completa*. México: Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1995.

Monsiváis, Carlos. “De algunas características de la literatura mexicana contemporánea”. *Kohut* 25-36.

Kohut, Kart, ed. *Literatura mexicana hoy: del 68 al ocaso de la revolución*. Frankfurt: Vervuert, 1995.

Neruda, Pablo. *Canción de gesta*. La Habana: Imprenta Nacional, 1960.

\_\_\_\_\_. *Confieso que he vivido*. Barcelona: Seix Barral, 2006.

Pizarro, Ana. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Alicante: Universidad de Alicante, 2004.

Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama, 2006.

Sabines, Jaime. “Los amorosos”. *Casa de las Américas* 30 (1965): 49-52.

\_\_\_\_\_. “Fragmentos de un poema desconocido”, “Con la flor del domingo”, “Tía Chofi”. *Casa de las Américas* 30 (1965): 109-112.

\_\_\_\_\_. *Yuria*. México: Joaquín Mortiz, 1967.

\_\_\_\_\_. *Recuento de poemas*. México: Joaquín Mortiz, 1997.

Sartre, Jean-Paul. *Huracán sobre el azúcar*. Buenos Aires: Uno, 1960.

Zarebska, Clara. *Jaime Sabines: algo sobre su vida*. México: Plaza y Janés, 2005.

## CONSEJO ASESOR

- Noé Jitrik ( B. A. Argentina)  
Luis F. Lara (El Colegio de México, México)  
François Rastier (C.N.R.S., París, Francia)  
Teun A. Van Dijk (U. Amsterdam, Holanda)  
Per Aage Brandt (U. Aarhus, Dinamarca)  
Lorenzo Vilches ( U. A. Barcelona, España)  
Umberto Eco (U. Bologna, Italia)  
L. Vélez-Serrano (Bolivia)  
Carlos Reis (Portugal)  
Gilberto Giménez (UNAM, México)  
Thomas Sebeok (Bloomington, E.U.)  
Walter Mignolo (Duke, E.U.)  
Hermann Parret (U. de Lovaina y Amberes, Bélgica)  
Beatriz Garza Cuarón (El Colegio de México, México)  
Luz Aurora Pimentel (UNAM, México)  
Rebeca Barriga (El Colegio de México, México)  
Humberto Maturana (U. Chile)  
Hebert Benítez P. (Montevideo, Uruguay)  
Herón Pérez M. (Colegio de Michoacán, México)  
Linda Hutcheon (U. of Toronto, Canadá)  
Paul Bouissac (Toronto, Canadá)

*Morphé 29/30*, se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2011, en los talleres de El Errante editor, SA de CV, Privada Emiliano Zapata 5947, San Baltasar Campeche, Puebla, Pue. CP 72550.

El tiro consta de 500 ejemplares.